

AMPARO TRUJILLO MOLINA



EL SASTRE
QUE ENAMORÓ
A MI MENTE



Fue una madrugada del mes de julio después de meses sin pegar ojo, cuando abrí el portátil, busqué el destino con la mejor oferta de última hora, y al día siguiente estaba en el aeropuerto con destino a El Cairo. Era mi semana de vacaciones y eso por ningún concepto también quería arruinarlo. En pleno proceso de divorcio con quien me había prometido amor eterno, una casa en venta, y un trabajo como teleoperadora después de una carrera y dos másters, me hizo querer desaparecer del mapa. Necesitaba escapar aunque solo pudiese por unos días. Metí en un pequeño bolso de mano cuatro vestidos, dos pantalones y una bolsa de aseo con dos cosas, y la última crema revolucionaria en la que ilusa seguía creyendo. Cerré la cremallera de la mini maleta y, comenzaron a rodar por mi rostro unas lágrimas con emociones tan dispares como enraizadas en lo más profundo de mi ser. Incontroladas, salieron durante horas a borbotones, dejándome unos ojos tan inflamados que solo después horas y saquitos de té consiguieron relajarlos. Agotada, caí rendida en el sillón, rodeada de miles de cajas todavía sin embalar. Derramé ira, miedo, culpa. Un desencanto, dolor y tristeza que sentí reflejados en cada poro de mi ser, pero hubo unas, a las que todavía doy gracias por salvarme. Lágrimas saladas que drenaban un coraje hasta

ese momento dormido en mí. Solo llamé a mis padres para decirles que hacía una escapada relámpago, y que en unos días iría a verles a la sierra. A mi hermano le mandé un mensaje porque estaban con sus tres retoños disfrutando de unos días de pulserita y un todo incluido en un hotel de Mallorca. Y a mi amiga Clara, quien se quedó perpleja, y a la que pedí que no se lo contase a nadie, y que a mi vuelta le daría todo tipo de detalles.

Me esperaba el taxi a las 5:40h, un lunes de julio de un año que pasó de lanzarme al abismo a mostrarme una vivencia inolvidable. Un vuelo a El Cairo que transformó mi vida para siempre.

Me puse mis gafas de sol nada más aterrizar después de seis horas de vuelo, tiempo en el que compartí mi ruido interno con el de todos aquellos turistas que reflejaban su ansiado programado veraneo. Salí rápido, agradecí no haber facturado, y decidí aventurarme y seguir a unos mochileros que tenían claro el bus que les dejaría en el centro de la ciudad. Podía haber llamado como hacía otras veces a un taxi que me llevase directa al hotel, pero me negué a repetir todo lo que fuese similar o parecido a como lo había hecho siempre. Y perpleja, de repente, me vi envuelta entre aluviones de gente, lámparas de mil colores, objetos de cobre, y telas de seda, en el que para mí es el bazar más impresionante del mundo. La primera parada la hice en un llamativo café. El llamado *Café de los Espejos*, donde sus paredes cubiertas de reflejos de turistas parecieron palpar mi invisible dolor, el que estaba mucho más allá

de mi semblante y no era capaz de camuflar. Fue cuando alguien, que me habría observado desde los diferentes ángulos de aquel salón mientras me tomaba un té helado, le hizo llegar una nota al camarero para mí. Un joven egipcio de portada quien se acercó con una ligera sonrisa inclinó ligeramente la cabeza y fiel a ese encargo me entregó un papel delicadamente doblado. Discreto, me miró intrigado, y como no queriéndole dar importancia, asintió con una complicidad que me encantó, y se marchó a la barra para seguir atendiendo al público que no dejaba de entrar. Desdoblé extrañada aquel papel, cuando unas letras árabes para mí ilegibles, y el dibujo de unas líneas asimétricas que simulaban calles, me mostraron una dirección en aquel zoco, y la extraña silueta de un árbol en el centro de aquel aparente mapa, algo que me conmovió. Supe en ese instante, que el mercado más grande, famoso y aclamado del mundo, *Khan el Khalili*, tenía algo importante que mostrarme. Me giré, atenta, cuando el mismo camarero, además de traerme el nuevo té que le había pedido, me entregó un espejo. Parecido al que suelo llevar en el bolso, pero este tenía algo diferente, llamativos grabados con un tipo de símbolos de geometría egipcia. Y por la parte de atrás venía tallado un árbol, el mismo que en aquella nota me había sido pintado. Con una raíz hasta ese momento para mí desconocida, pues de ellas no emanaba uno, sino mil troncos. Cuando con un inglés perfecto dijo:

—*Khan el Khalili* esconde mucho más que un bazar en la ciudad de El Cairo. Además de tradición, costumbres, cultura y arte, es naturaleza y Nilo. Alquimia y cuna de legados. Custodia enigmas de otras vidas ya vividas.

Incrédula, abrí la palma de mi mano mostrándole la nota, la observó, y se detuvo marcando despacio lo que parecía señalar una dirección entre esas calles. Y con las yemas de sus dedos repasó la silueta del árbol que supe reconoció. Al principio solo parecían mostrarle callejuelas cruzadas entre sí, hasta que leyó unas palabras escritas en árabe:

*«Lo que estás buscando también te busca a ti.
Lo encontrarás entre telas de seda y la sombra de un árbol
sagrado».*

Nos miramos, con la certeza de que volvería a verle al *Café de los Espejos*.

Doblé en cuatro esa inédita nota en uno de los departamentos del bolso, y salí mirándome en todos aquellos espejos que parecieron decirle a mi mente que acababa de quebrarse por completo mi supuesta realidad. Cogí el móvil, localicé la dirección del hotel, y una vez allí escribí a todos para decirles dónde estaría ubicada esa semana. Y acto seguido me deshice del móvil dejándolo en una pequeña caja fuerte. Y según puse el código sentí una genuina liberación. Un teléfono que me tenía envuelta en una silenciosa y corrosiva adicción. El hotel era sencillo pero céntrico, me di una ducha relajante, me puse cómoda, olvidándome del reloj, y con mi única intención puesta en encontrar el paradero de aquella nota. Salí poniendo mis cinco sentidos en cada detalle de aquellas calles. No miraba más que los pasos que me llevasen a encontrar aquel lugar. Ese árbol, el misterio que encubrirían las telas de seda, y cómo no, saber quién me hizo llegar aquella nota. Iba atenta, cuando entre el tumulto

escuché a un guía pronunciar la palabra «*Banyan*», y por algún motivo resonó ese nombre en mi interior. Le hice el gesto de unirme al grupo, al que asintió, y me acerqué atenta a su explicación. Cuando comenzó a explicar que «*Banyan*» era un árbol originario de la India, regalado hace siglos a Egipto por los misterios y códigos secretos que poseían sus raíces. Conocido como el árbol de Zamalek, y que encontraríamos anexo a la Torre de El Cairo. Y del que se decía que defendía desde hacía siglos no solo a la ciudad, sino a cada ciudadano que bajo su copa descansase. Desde entonces es venerado y protegido por ofrecer descanso bajo sus sombras en los duros días de calor. Y fue al escucharle decir:

—Además, cuenta una leyenda...

Cuando mi cuerpo y mi mente se fundieron para escucharle.

—Cuenta una leyenda que en el Antiguo Egipto un mercader de seda que descansaba bajo la frondosa copa de un «*Banyan*», la brisa mezcló su silencio, esos días de calor y agotamiento, y una noche, rendido, se apoyó en su tronco y el sueño le llevó a un viaje a su interior. Y al amanecer, las telas de seda de aquel comerciante y las hojas de aquel árbol se fundieron dando como fruto el diseño de geométricos patrones. Similares a grabados que para los egipcios eran más que símbolos, se trataba de códigos sagrados. Reflejaban la identidad que se encuentra tras toda naturaleza humana. Desde esa noche el mercader se convirtió en el sastre más reconocido de Egipto, al que llamaron también «*Banyan*». Compartí un legado a través de patrones de seda, donde reflejaba lo que su mente creía, sentía y vivía. Comenzó a dar forma y crear trajes basados en dar

forma a los diferentes tipos de sistemas de creencias. Era complejo de entender y también de explicar, pero a través de cada diseño a medida, el cliente lo comprendía. Barcos de otros mares llegaban hasta los puertos más próximos a El Cairo para conocer cómo el enigma de aquel árbol convirtió a un mercader de telas de seda en el más reconocido sastre que llevó su mensaje hasta otras tierras y otros mares. Quien además dejó reflejado en un pequeño libro lo que vivió junto a la sombra de «Banyan», y que en las noches de luna llena sus hojas tomaban la forma de esos patrones susurrándole lo que para él también podría significar. Desde entonces los frutos de «*Banyan*», además de que curasen de la diabetes o la lepra, despertaban a quienes a ellos se acercaban su creatividad. Despertando sus talentos más preciados. Y a pluma esos patrones quedaron transcritos en un pequeño libro blanco, donde sus dibujos dieron forma a la identidad de nuestros trajes internos. Y quedó custodiado y protegido por los comerciantes de seda del zoco de El Cairo. Y desde entonces se dice que circula entre sus puestos de telas, y sorprende a quien recibe alguna señal o con fe ferviente cree posible de su existencia.

Me quedé mirándole ensimismada, al tiempo que una pequeña llama prendió en mi interior; supe que ese libro blanco existía. Y así comenzó todo, una historia que, entre telas, y un «*Banyan*» transformó mi vida para siempre.

Encontré ese famoso árbol llamado «*Banyan*» situado en las inmediaciones de la Torre de El Cairo, en un barrio llamado Zamalek. Me cautivó, y pasé durante los cinco días completos de mi estancia en Egipto largos momentos en silencio junto a él. Entendí por qué para Oriente era un árbol sagrado. Transmitía eternidad, amor incondicional, conocedor de su propósito vital, y sus frutos te hablaban de retos y servicio a los demás. Su savia nada más tocarlo y sentarme junto a él, de manera imperceptible a mis ojos tuvo el poder de movilizar a mi interior. Y el libro blanco con toda su información y patrones grabados entre hojas me fue revelando la historia cada noche mientras dormía. Al amanecer, nada más levantarme anotaba lo atesorado en el sueño. Y aquella nota me terminó llevando la tienda de aquel sastre de «*Banyan*». Tienda que saltó de generación en generación dejando como misión dar difusión de este legado, y hacer llegar a turistas el plano con la ubicación donde entre sedas, patrones y creencias volviesen a sus hogares siendo también sastres de sus nuevos patrones de vida. Reinventando creencias envueltas y sagradas entre telas de seda.

